

PAGÈS SANTACANA, A. (2012) *Sobre el olvido*. Barcelona, Herder.

Leteo, en la Grecia clásica, fue el río mítico del olvido. Situado en el Hades, sus aguas calmaban la sed de aquellas almas que requerían olvidar su pasado. Una fórmula que garantizaba una reencarnación axial. Lo mortal revivía desde cero: sin recuerdos. Precisamente, el *olvido* es el tema del último ensayo de Anna Pagès. Una autora de madurez incisiva quien, con los años, acumula un respeto amplio y merecido entre sus lectores.

Obra filosófica de corte educativo, su epígrafe es ya una invitación al estudio. Subraya que olvidar y recordar parten de un mismo nexo: la *memoria*. En consecuencia: olvidamos para recordar y, a menudo, recordamos sin poder olvidar.

Así las cosas, su tesis está sujeta al *vitalismo*. Defiende una *ambigüedad del*

*olvido*: ser y no ser al mismo tiempo. Para mostrar su posición, se agarra a lo trágico. De hecho, la primera historia tiene como protagonista a su familia. Concretamente: el asesinato de su bisabuelo en una malograda cuneta (septiembre, 1936). Sin duda, ante cualquier calamidad, el deseo de olvidar es primordial para seguir viviendo. Parafraseando a Nietzsche: «Hay que dejar caer al suelo muchas cosas» (*Ecce Homo*). Además, sería fatal recrearnos continuamente en ese dolor. No obstante, esa angustia tampoco debe ser borrada por completo. Dicho de otro modo: hay que buscar cierta distancia para construir una urdimbre donde el sufrimiento deje de ser central e ingrese en lo lateral. Dejando el trauma de lado, que no aniquilado, adviene el primer impulso para intentar sobreponerse. He aquí su opción vital.

Desde esta óptica, el olvido es causa de invención. Lo olvidadizo nos permite enraizar algo nuevo aunque haya que inventarse. La novedad irrumpe debido a que la adversidad se ha desplazado a lugares menos problemáticos. La herida sigue allí, pero ahora –a la vera– nos deja sonreír. Asimismo, la aparición del recuerdo sirve para actualizar ese pasado y para anticipar otros crecimientos. A saber: un *movimiento retroprogresivo*.

Sin embargo, no siempre se actúa creativamente ante el olvido. Existe también una respuesta huidiza: no querer encarar episodio alguno. Esta última decisión, en la actualidad, se ha convertido en un auténtico fenómeno epocal: sobre aquello que me acucia, mejor pasar página cuanto antes. Nietzsche, una vez más, va a la carga: «Todos vosotros que amáis el trabajo salvaje y lo rápido, nuevo, extraño, os soportáis mal

a vosotros mismos, vuestra diligencia es huida y voluntad de olvidarse a sí mismo» (*Así habló Zaratustra*). Justamente, esta denuncia manifiesta una forma de negación frente al olvido. Se opta por la sepultura: pasado sigue pasado.

La *tecnociencia* también se ha inmiscuido en la facultad de olvidar. El olvido, pérdida involuntaria, hoy día puede ya provocarse en aras del artificio. Se trata, mediante fármacos, de inhibir la molécula (PKMzeta) que facilita las distintas conexiones sinápticas diseñadas para recordar. Antes –o justo después– de una fuerte carga emocional, la ingesta química anula los contactos neuronales a fin de olvidar el trauma posterior. A nivel orgánico, todo parece muy simple. No obstante, y según la autora, el núcleo del problema sigue invariable: tan sólo hemos reubicado la experiencia trágica. Es decir, dejamos de recordar pero el cimbreo ocasionado reposa en algún otro lugar: consciente o inconsciente. Por este motivo, la *solución técnica* no contenta –ni mucho menos– el *reto ético*.

En este sentido, el libro recurre a un sugerente *leitmotiv*: narra el insomnio de Jorge Semprún como resultado de su paso por el campo concentracionario de Buchenwald (*La escritura o la vida*). Así pues, en agosto de 1945, Federico visita de madrugada a su amiga parisina Claude-Edmonde Magny y ésta, como siempre, lo recibe con un café de verdad. Efectivamente, el relato trasluce una bella metáfora de la amistad. Una oportunidad, mediante el afecto, para aligerar el malestar que conlleva querer olvidar.

Por último, recomendar –con fervor– la lectura *in extenso* de todos sus

capítulos. Un discurso en que la verdad (*a/letheia*) transcurre esta vez sin negar el olvido (*lethe*). La *verdad del olvido* fecunda aquí el *olvido de la verdad*.

Josep Lluís Rodríguez Bosch